



Les
carnets
de
Douglas

Christine Eddie

altō



Los cuadernos de Douglas

de Christine Eddie

Traducción de Luisa Lucuix

More than 8 000 copies sold!

Winner – Prix France-Québec, Prix Senghor

Finalist – Prix des libraires du Québec

Sinopsis

El mismo día, dos adolescentes consiguen escapar de un destino que los habría condenado. Dos años más tarde, ambos coinciden en Rivière-aux-Oies, un pueblo demasiado discreto para figurar en un mapa. En el corazón de una naturaleza generosa y salvaje, se amarán al abrigo de los rugidos del siglo XX, hasta que la vida, como de costumbre, haga de las suyas. Fundido en blanco. Los años pasan, Rivière-aux-Oies se transforma con una revolución apenas tranquila en segundo plano y el destrozo causado por las hormigoneras. Una familia singular supera rumores y heridas improvisando. En casa del médico, los lazos se tejen con ternura. Un médico con el corazón remendado, una maestra de apellido impronunciable y una niña surgida del bosque lograrán que Douglas, por fin, oiga la respuesta del viento. Una pasión digna del cine, desplegada a la sombra de un árbol, un clarinete y la frágil belleza del mundo.

Rights held: World

Rights sold: France (Éditions Héloïse d'Ormesson/Le Livre de poche), Canada (Goose Lane)

Extracto

Si alguna vez existió un asomo de intimidad entre Léandre Patenaude y Éléna Tavernier, fue únicamente en sueños del desgraciado médico. Volver a ver a Éléna se había convertido en una obsesión a todas horas.

Empezó a esperar sus visitas preparando las frases que le diría y planificando unos escenarios de desenlace improbable; desgraciadamente, cuando ella hacía la entrega de las medicinas, solía dejarle el paquete junto a la puerta con alguna nota que él releía varias veces buscando en vano una señal alentadora. Modificó sus costumbres, trató de acoplar sus horarios a los de ella, de encontrarse en la tienda o en la oficina de correos en el momento adecuado; Élena era imprevisible y, si a veces se cruzaban, nunca se veían. Invitó a Mercedes a cenar a su casa insistiendo en que la acompañara su protegida; la farmacéutica llegó sola y él se llevó tal decepción que se le pegó el codillo con verduras al fondo de la cacerola y se bebió, prácticamente él solo, toda la botella de vino. También se compró una

bicicleta con la esperanza de encontrarse con Éléna por la carretera por la que, había oído decir, salía todos los días de paseo; el azar tampoco jugó a su favor.

Y entonces, una noche de fuerte tormenta, Mercedes lo llamó a la cabecera de la jovencita. Salió hacia su casa precipitadamente. Llegó empapado, se le enredaron los pies en la escalera, se hizo una equimosis en la frente y lo consternó tanto ver a Éléna inmóvil en una cama demasiado grande para ella que ni siquiera se atrevió a tocarla. Cada día telefoneaba para informarse sobre su estado. Después de aquello, Éléna Tavernier se dejó ver menos en Rivière-aux-Oies, y si ocurría, por fortuna, que por fin se encontraba con ella, era para constatar sin remedio que esta no manifestaba ningún interés por él. Cuando la joven desapareció casi por completo del pueblo, no se atrevió a informarse de lo que había sido de ella.

No fue sino hasta la muerte de Mercedes, un año y medio después, cuando Léandre Patenaude sintió

que el corazón se le hacía pedazos al vislumbrarla junto al biólogo barbudo. A pesar del duelo, la maga estaba transformada: más madura, serena y, sin ninguna duda, amada. El médico lloró tanto durante el entierro que todos se sorprendieron de descubrir tan tarde lo apagado que había estado a la difunta.

En aquel pueblo en el que nada escapaba a la gula de los rumores, se dieron cuenta de que el médico se había ensombrecido. Se reflejaba en un ligero retraso al responder a los saludos, en su mirada distante durante las conversaciones, en sus inusuales negativas fuera de lo normal a las propuestas de tomar una cerveza con los hombres, jugar al *softball* o salir el domingo de paseo por los alrededores.

En la consulta, se mostraba nervioso e impaciente. A fulanita la había desairado porque olvidaba tomarse la medicación. Menganita había sido objeto de su cólera por una venda mal cambiada. Se decía, incluso, que había necesitado tres intentos para una simple extracción de sangre (pero lo curioso es que nadie se acordaba del nombre del paciente con quien le habría pasado). En unas semanas, Léandre Patenaude, que de por sí era objeto de una curiosidad bulímica, se convirtió en el tema principal de cualquier conversación.

Concluyeron que quería marcharse de Rivière-aux-Oies y, sin necesidad de discutir mucho sobre la actitud que tomar al respecto, cada cual redobló su amabilidad con él. No pareció darse cuenta.

Dos o tres veces al año, a Léandre Patenaude lo sacaban del sueño unos golpes en la puerta. Pero (mucho) más tarde contaría que, antes de aquella noche, no los había oído nunca tan ferosos. Por supuesto, se apresuró a abrir, con el pijama arrugado y los pies descalzos, y lo que vio lo dejó estupefacto. En el umbral se hallaba Douglas Létourneau, inmenso, con la ropa cubierta de sangre, el rostro empapado en sudor y los ojos desorbitados, tanto que lo primero que creyó el médico fue que era el hombre fornido el que necesitaba ayuda. Hasta que percibió el cuerpo inerte en los brazos del gigante.

—Haga algo, doctor, ¡tiene que hacer algo!

Tendieron el cuerpo de Éléna, envuelto en una sábana manchada, sobre una de las dos camillas del gabinete de consulta. Douglas, muy nervioso, se había puesto a sollozar. Léandre hurgaba en su maletín, se limpiaba el sudor de la frente, buscaba su estetoscopio y trataba de controlar el temblor de las manos. Había en aquello una parte de farsa, porque un ojo experimentado como el suyo era capaz de reconocer a una muerta, pero

no flaqueó. Apartó púdicamente la sábana empapada en sangre y auscultó despacio el pecho inmóvil de la joven haciéndole preguntas a Douglas, que respondía a trompicones.

La hemorragia había debido de comenzar durante el parto. El corazón no le latía. El médico, a quien las lágrimas le impedían ver correctamente, se quitó los auriculares del estetoscopio de los oídos y se volvió hacia Douglas.

—¿Dónde está el niño?

A pesar de la oscuridad, el cielo estaba claro. Guiado por la luna casi llena, el médico conmocionado cruzó corriendo el pueblo adormecido con la bata abierta. Éléna solo tenía veinte años. Si hubiera sabido retenerla, si se hubiera mostrado más lanzado, si no hubiera dejado que se fuera con aquel... con aquel... La mente de Léandre Patenaude se atascaba en una amalgama nauseabunda de emociones dominadas por la desesperación. Aceleró el ritmo más aún.

Al borde del agua encontró la canoa, cuyo casco había sido encajado entre los montantes del muelle y las rocas de la orilla mientras que la parte trasera se balanceaba bajo el efecto de la resaca. Doblado por la cintura, con las manos apoyadas en las rodillas, Léandre recuperó el aliento rebuscando en el interior de la embarcación con la mirada. Al fondo del todo, bien abrigada en su camita de roble, Rose lo aguardaba en silencio.

En casa del médico, la luz permaneció encendida toda la noche. Ninguno de los dos hombres hablaba. A veces se oían los sollozos ahogados de Douglas y también el llanto del bebé, similar a los chillidos de un lebrato. El retoño, aunque enclenque, empezaba a animarse e incluso parecía muy resistente. Pero Douglas, temiendo ver morir a su hija también, apenas la miraba. Con un cuidado meticuloso, peinaba los cabellos de Éléna, le lavaba el cuerpo con detenimiento y la envolvía en una sábana limpia.

Durante ese tiempo, Léandre, con el mismo cuidado minucioso, se ocupó de la niña. Le humedeció levemente los ojos, le instiló gotas, limpió el cuerpo menudo, lo empolvó, pinzó el cordón, le tomó el pulso y la temperatura regularmente y examinó con detenimiento la piel, los miembros y los reflejos, anotándolo todo ello. Luego, la envolvió en un mantel de algodón que encontró en la cocina y calentó en el horno. La acunó un momento antes de tendérsela a Douglas, que permanecía de pie junto a Elena sujetándole la mano exánime.

—Quédesela.

Como no estaba seguro de haberlo comprendido, Léandre no se movió, y siguió tendiendo el bebé dormido a su padre. Viendo que el médico dudaba, Douglas, con la barba empapada en lágrimas, se volvió hacia este y añadió casi en un susurro:

—Por favor.

Tras dejar a la niña en su cuna, Léandre se volvió hacia Douglas, bajo cuya sombra podía percibir la figura pálida y tranquila de Éléna. Carraspeó e hizo el esfuerzo de concentrarse en Douglas para no dejarse llevar a su vez por la emoción. Este se enjugaba los ojos con la manga de la camisa. Y Léandre vio cómo levantaba a Éléna, se dirigía a la puerta y la abría.

—¿Qué es lo que hace?

Douglas no respondió, pero, antes de desaparecer, se volvió una última vez:

—Se llama Rose.

Douglas pasó el día cavando. Eligió el centro del claro para enterrar a Éléna, enfrente de la casa, muy cerca del lugar en donde normalmente se hallaba el huerto. Pegado a su pala, como un naufrago aferrado al único arrecife del océano, arrancó al suelo, aún helado por partes en lo más profundo, unos montículos de tierra y guijarros que depositó en los bordes de la fosa.

Cuando las paredes le parecieron perfectamente escuadradas, las cubrió de ramas de abeto. Luego fue en busca de Éléna a la cabaña de troncos y la depositó dentro, con el rostro vuelto hacia los alerces del fondo del claro. Se tendió un momento junto a ella y, de haber habido testigos, habrían podido pensar que los amantes simplemente se habían quedado dormidos. Cuando Douglas estuvo demasiado entumecido para permanecer más tiempo tumbado, se desenterró y deambuló alrededor del agujero antes de sentarse en él. Estuvo tocando el clarinete hasta la tarde, interrumpiéndose solo para gemir. Era ya muy entrada la noche cuando resolvió sepultar el cuerpo de Éléna. Antes, reparó en su instrumento, lo guardó en el estuche de cuero y lo colocó dulcemente en los brazos de su amor.

En la cabaña se entregó con ahínco durante horas al lavado de las últimas manchas de sangre. Cuando terminó, el día despuntaba. Salió y se acostó en la tierra fría que recubría a Éléna. Destrozado, cayó en un sueño de plomo.

El trajín que animaba la casa del médico quedó lejos de pasar inadvertido. Léandre había anulado sus consultas y ya no abría el gabinete salvo en caso de

extrema necesidad. Los enfermos iban a tener que ser pacientes.

Los rumores más descabellados se difundieron a mayor velocidad que el virus de la gripe en invierno. El del cierre definitivo del dispensario, una obsesión en Rivière-aux-Oies, creó una nueva conmoción. Supusieron que una epidemia peligrosa azotaba el pueblo y que el mismo médico estaba también afectado por aquella enfermedad incurable, lo cual lo obligaba a restringir sus actividades y declarar la cuarentena. O quizás fuera la casa la infestada por una especie rara de cucarachas; no sería la primera vez. Pero, entonces ¿cómo explicar que hubiera comprado tanta cantidad de talco? ¿Podía tratarse una plaga de insectos con polvos para bebé?

—Tiene la luz encendida casi toda la noche.

—Creo que recibe a señoritas; yo en su lugar vigilaría a mis hijas más de cerca.

—Hace eso a escondidas. ¡Seguro que no es para luego casarse de blanco!

(Y que patatín y que patatán...)

Cuando los pulmones de Rose se expandieron y un primer vecino creyó oír el llanto de un bebé, el pueblo entero, por una vez, se quedó sin habla.

Las prácticas en pediatría de Léandre eran ya un vago recuerdo y el médico no se sentía preparado en absoluto para acoger a un recién nacido, aunque este no mostrara ninguno de los signos más preocupantes de los prematuros y aquella custodia inopinada fuera a ser temporal. Desamparado, se organizó como pudo.

Al nacer, Rose pesaba dos kilos y poco más, y dormía, como mucho, algunas horas seguidas. Durante aquellos cortos momentos de descanso, Léandre se volvía más activo que si lo hubieran transferido a las urgencias de un hospital de Chicago. Vació de su contenido heteróclito una de las habitaciones condenadas de la primera planta, adyacente a su propio cuarto, e instaló allí lo que creyó de utilidad para el bienestar del retoño. Sacó todos los biberones y la leche maternizada que encontró del armario de su gabinete, donde guardaba el suministro para las emergencias, y encargó más en grandes cantidades. Por mediación de la parroquia se hizo de unos pañales, una canastilla y ropa demasiado grande que no descambió, diciéndose que Douglas se alegraría de ver que iban a durarle varios meses.

Rose era minúscula pero tenaz y exigente. Léandre contaba con ahínco las horas que lo separaban del regreso de Douglas. Abría la puerta sin decir palabra a todo el que llamaba. La decepción se inscribía en cada una de las arrugas que llenaban de pliegues sus ojos cansados. Mantuvo aquel ritmo durante quince días.

La única escuela de Rivière-aux-Oies no fue nunca muy frecuentada, ni por las maestras, que dejaban de enseñar una tras otra para casarse, ni por los niños, cuyos padres, a menudo ellos mismos analfabetos, no veían la necesidad de que asistieran durante mucho tiempo. La llegada de Gabrielle Schmulewitz, cuyo apellido impronunciable y acento particular no facilitaban en nada su vida en Rivière-aux-Oies, tampoco sirvió para atraer a las multitudes.

Suficientemente diplomada como para ser profesora de universidad (pero ¿a quién le importaba?), la maestra se afanaba sin embargo con empeño para que los niños más dotados del pueblo llegaran hasta el final de la primaria y la secundaria.

Muchos padres, incluso los más interesados por colgar de la pared del salón el diploma de uno de sus vástagos, dudaron en confiarle sus hijos a una mujer con una forma de hablar insólita y unos orígenes nebulosos. Además, no se la veía por la iglesia. Hizo falta que el padre Simon interviniere cuando salió a relucir el nombre de la maestra, para explicar que Gabrielle no era cristiana y que no se la podía obligar a alabar la gloria del *Patrem omnipotentem* todos los domingos. Él iba a encargarse a partir de ahora de enseñar el catecismo. Para lo demás, era o Gabrielle o el cierre de la escuela. «A falta de pan, buenas son tortas», había concluido el cura al final de su homilía, y los parroquianos, aun perplejos, comprendieron que la Iglesia otorgaba su bendición a la presencia de la extranjera en la escuela del pueblo. De modo que el zapatero, Georges Blain, se había equivocado: Gabrielle Schmulewitz, la señorita Echmú para la mayoría de la gente, no tenía ninguna intención de marcharse... Entre la habitación que le alquilaba a la señora Normand y el colegio, seguía llevando una vida discreta a la que más le valía, pese a todo, no llamar ni un poquito la atención.

Léandre era probablemente uno de los pocos que había adivinado que bajo el misterioso pasado de la maestra se escondía una tragedia. Cuando esta había acudido a su consulta por primera vez por una luxación de la muñeca, se había negado a que le remangara demasiado las mangas de su gruesa chaqueta de lana gris, y el médico había tenido que insistir para que por fin accediera a dejarlo hacer. En su antebrazo izquierdo había seis números azules tatuados y ella se los tapaba nerviosamente con la mano: 159672.

—¿Qué es esto? —había preguntado cándidamente Léandre, que ignoraba todavía muchas cosas de los campos de concentración.

Sin responder, ella se había vuelto a cubrir el brazo corriendo, antes de que él hiciera otras preguntas. Léandre no había dicho nada más pero sabía leer entre líneas. Aquella mujer marcada como el ganado le infundía respeto. De modo que fue a ella a quien

pidió ayuda cuando el destino le confió el cuidado de un recién nacido.

Gabrielle salvó la vida de Léandre y quizás la de Rose también. Sabía dormir al bebé, cambiarlo, darle el biberón, hacerle expulsar el flato y cantarle nanas judías. Léandre no lo dudó: le ofreció dejar la minúscula habitación mal acondicionada que la señora Normand le alquilaba demasiado cara y mudarse a su casa.

—Gratis. Sin segundas intenciones. Ya no tenemos edad, de todas formas. En fin, yo. Me refiero a mí solamente, ya no tengo edad.

Ella le sacaba diez años. Léandre empezó a farfullar.

—Comprende lo que quiero decir, ¿verdad? Tómese su tiempo para pensarlo antes de responder que no, Gabrielle. Le aseguro que dos adultos no estarán de más para calmar a esta fiera.

Gabrielle convino que así sería más práctico y, a pesar de que el pueblo entero puso el grito en el cielo, al mismo día siguiente estaba subiendo a la planta de arriba su vieja maleta y sus cinco cajas de libros. No tuvieron tiempo de analizar las fricciones de la convivencia. Hasta el final del curso, Léandre se encargó de las noches entre semana y Gabrielle, de las del viernes y el sábado. Compartían la cocina, el salón y la habitación del bebé; algunas veces (Léandre sobre todo, a decir verdad), un vaso de whisky y, cuando no estaban demasiado agotados, conversaciones que, rápidamente, soldaron su amistad. Por lo demás, cada uno se acomodó a la independencia del otro y apreciaron que la casa fuera suficientemente espaciosa para permitirlo.

Léandre disminuyó el número de visitas a domicilio pero terminó reabriendo la consulta a tiempo completo. Los pacientes se acostumbraron a la presencia del bebé que dormía en la cuna de arcos perfectos y en cuya cabecera lucía grabado el árbol de la vida. Rose interrumpía al médico durante su trabajo por cualquier cosa. Hay que decir que Léandre acudía corriendo al menor bostezo.

Cuando la niña tuvo tres meses, el médico y la maestra llamaron al padre Simon para que la bautizara. En la línea de puntos del formulario marcaron «padre y madre no declarados», y en el lugar que indicaba el nombre del bebé, escribieron: Rose Gabrielle Patenaude.

[...]

La educación y la salud del pueblo dependían desde ahora de la calidad del sueño de la maestra y del médico. A raíz de varias experiencias desconcertantes, la consigna se transmitió por todas las casas de Rivière-

aux-Oies: ya no se llamaba por teléfono a casa del médico, aunque fuera de día, y, en caso de urgencia, se desplazaba uno y se tocaba a la puerta lo más suavemente posible.

Por eso cuando Léandre oyó un silbido al otro lado de su puerta, se dirigió a la entrada creyendo que venían a buscálo para un parto (¿Los Giroux, quizás?, o la señora Lépine, aunque era pronto todavía...) o tal vez por un accidente de caza, puesto que la temporada acababa de comenzar. Era casi media noche. Abrió la puerta y se quedó pasmado al descubrir a Douglas en el porche. De hecho, más que reconocerlo, adivinó que era él. Se retuvo para no hacer un comentario descortés. El hombre se asemejaba más a un animal que a un ser humano. No parecía el momento adecuado para abrumarlo con reproches.

—Bueno, Létourneau, ¿qué lo trae por aquí? —preguntó más fríamente de lo que hubiera deseado, dejándolo pasar—. ¿Viene a charlar un rato o necesita cuidados?

Pero Douglas permanecía plantado en la entrada sin moverse. Léandre tuvo que insistir para conseguir que entrara en el salón. Un hedor a fiera invadió la estancia cuando se sentaron, cara a cara, en los grandes sillones color borgoña del médico.

Léandre decidió que una ducha y algo de comer eran sin duda más urgentes que las explicaciones, que llegarían en el momento adecuado. Condujo al padre de Rose a la planta de arriba fijándose en lo mucho que el hombre había adelgazado. Le ofreció toallas limpias, champú y una navaja de afeitar. Lo empujó al cuarto de baño y tranquilizó a Gabrielle con un gesto de la mano cuando esta asomó la cabeza por la puerta entreabierta de su habitación.

Perturbado por aquella visita inesperada, Léandre preparó rápidamente un sándwich y una cerveza, los dispuso sobre una bandeja que instaló encima de la mesita baja del salón y se sirvió un whisky sin hielo. Luego, la idea de que Douglas hubiera venido a buscar a Rose le pasó por la mente y al instante le dolió la barriga.

Inclinado sobre la cuna de Rose, Douglas acarició los cabellos rizados de la pequeña durmiente.

—Se parece a ella, ¿no?

Léandre asintió dubitativo.

Al bajar unos minutos más tarde, Douglas se contentó con darle las gracias al médico por ocuparse así de su hija. Había venido a pie para que no lo vieran y ahora le quedaba un largo camino de vuelta. Léandre le ofreció su bicicleta, que acumulaba polvo en el trastero, apenas utilizada. Sí, sí, por supuesto que Douglas podía volver

a ver al bebé de vez en cuando. ¿Qué qué noche era mejor? Pues, bien, digamos los lunes, los vecinos de Rivière-aux-Oies se acuestan temprano los lunes. El último lunes de cada mes, sí, claro, era perfecto.

Douglas se marchó algo antes de la una de la mañana. Al volver a cerrar la puerta, Léandre se sintió casi feliz. Su pesimismo habitual se tambaleaba al no tener nada en que apoyarse. Lo inconcebible no se había producido. Corrió a anunciarle la buena noticia a Gabrielle.

Douglas cogió la costumbre de ir a casa de los Schmulewitz-Patenaude alrededor de una vez al mes. En diciembre, una tormenta de nieve le impidió atravesar la decena de kilómetros que lo separaban de la casa del médico, pero recuperó la falta a la semana siguiente llegando de improviso con un regalo de Navidad para Rose en su mochila: un móvil cuyas minúsculas piezas representaban seis árboles en miniatura, esculpidos en madera. Alerce, que ha estado secándose durante dos años, tuvo a bien precisar. Una madera dura y fuerte, imputrescible, la más dura y pesada de todas, quizás. Con la que antaño se construían los puentes para franquear los riachuelos. Y los muelles también. Los amerindios usaban las raíces para coser sus canoas. Y Léandre sabía seguramente que la corteza de alerce combatía todo tipo de infecciones. ¿Verdad, doctor?

Los anfitriones de Douglas no podían creérselo. El hombre silencioso que difícilmente conseguía formular una frase completa en cada una de sus visitas se animaba con emoción. Y, por añadidura, conocía la palabra «imputrescible».

—Veo que está usted mejor, Douglas —balbuceó Léandre.

—No lo sé. Sin duda sí. Es que, ve usted, hay alguien que me ayuda mucho.

No, el médico no veía precisamente a quién se podía estar refiriendo Douglas aparte del duelo que comenzaba a cicatrizar. Pero en aquel momento no le dio importancia.

—Esta persona que me ayuda... Me ha dado una idea. ¿Qué le parecería si me hiciera guarda forestal?

Léandre empezó por desaprobarlo. Vivía en unas tierras que no le pertenecían...

—Precisamente por eso —se entusiasmó Douglas—. Legitimaría mi presencia en el bosque. Ya no tendría que seguir escondiéndome. Conozco este bosque mejor que nadie. Puedo garantizar su protección contra la caza furtiva, los incendios... Contra los insectos también, los que atacan a los árboles, la oruga peluda, el *diprion pini*, la polilla satinada...

Léandre tosió.

—Es verdad que usted es biólogo...

Douglas no se inmutó.

—Y luego, podré ver a Rose más a menudo. Tendré algo de dinero; eso me permitirá contribuir a los gastos. Podré incluso alquilarles una habitación. Así me sentiré mucho más cómodo cuando llegue sin avisar. ¿Qué piensan?

Si el entusiasmo no hubiera cegado a Douglas, tal vez se habría dado cuenta del fruncir de cejas perfectamente coordinado de Léandre y de Gabrielle. Por supuesto que *podría ver a Rose más a menudo*.

—Mire, Douglas, no se trata de dinero...

—¡Léandre, Gabrielle! ¡No se dan cuenta de que es un plan fabuloso?

Rose se había terminado el biberón. Acurrucada por primera vez en los amplios brazos de Douglas, donde parecía más pequeña todavía que de costumbre, se adormecía confiada, con la cabeza apoyada en el corazón de su padre y la boca abierta. Sus dos puños se aferraban al jersey raído de Douglas.

Gabrielle insistió. Al día siguiente, el doctor Patenaude solicitó un encuentro oficial con el alcalde de Rivièraux-Oies para proponerle el plan fabuloso de Douglas. Se ofrecía como garante del nuevo guarda forestal, y fue tan persuasivo que, en un mes, el asunto estuvo resuelto. Douglas, sin embargo, se negó a llevar uniforme.

La extraña familia transgredía de manera ultrajante las convenciones, y los amantes de los chismes se encontraron con un material inagotable que llevarse a la boca. Aunque algunos se limitaran a observar que se visitaba un poco demasiado en la casa del médico, la mayoría se seguía mostrando recelosa sobre la moralidad de los vínculos que unían a Léandre, Gabrielle y Douglas. No obstante, la opinión del pueblo era unánime, al menos, en un punto: viniera Rose de donde viniera, si la alegría de vivir hubiera tenido un rostro, ese habría sido el suyo.

De los tres adultos que se asomaban a la cuna de Rose, Gabrielle fue aquella a la que la llegada inesperada del bebé transformó de forma más radical. A su eterno moño, antes pegado a la cabeza, se le escapaban ahora mechones rebeldes constantemente, incluso cuando se presentaba en clase. Su cuerpo agarrotado se había vuelto algo más esbelto, y los alumnos habían dejado de llamarla a sus espaldas con moteos como «La Sargenta» y «Rastacuera», palabra que habían copiado de los adultos y que sonaba magníficamente a sus oídos. Su ropa, hasta entonces impecable, se desaliñaba, arrugada siempre en el mismo sitio y con manchas de leche regurgitada y de aceite de almendra dulce.

Desde el momento en que Léandre le había pedido que lo ayudara a cuidar de Rose, bastaba con que la nena le balbuceara babeando su confianza de niña para que la maestra sonriera. Se la veía paseando a la pequeña como si fuera suya, trotando con el carrito, cantando y haciendo morisquetas cada vez que la bebita, divertida, abría los ojos de par en par.

—¿Está segura de que no hace demasiado, Gabrielle?

—¿Está seguro de que no está celoso, Léandre? Tenga, cójala, está dormida. Pero cuidado con la cabeza.

—Sé coger a un bebé.

—Yo también. Tenía una sobrina, ¿sabe? No mucho mayor que Rose...

Gabrielle se entregaba con cuentagotas y Léandre colecciónaba sus confidencias con el tacto de un embajador. No la forzaba. Trataba de reconstruir su trayectoria hacia atrás, entre Rivièraux-Oies, de donde la maestra no pensaba marcharse, y un sanatorio que esta ya no conseguía situar; se informaba sobre Birkenau, buscaba Drancy en un atlas... Guardó aquella confesión, dejada caer por casualidad, como las demás, en el recién estrenado álbum de familia de los Schmulewitz-Patenaude y se contentó con estrechar a Rose un poco más fuerte.

Cuando Gabrielle quiso dejar la escuela para consagrarse enteramente al bebé inesperado, Léandre la hizo darse cuenta de que, si era capaz de aguardar unos años, podría encargarse ella misma de la enseñanza escolar de la niña, con la que pasaría entonces todo el día, doce meses al año. Nada le pareció más maravilloso a Gabrielle que la idea de pasar todo el día, doce meses al año, con Rose. De modo que esperó, y Léandre pudo quedarse con la pequeña durante sus horas de consulta.

Así es como esta creció rodeada de jeringuillas y catéteres, jugando con algodón hidrófilo y frascos vacíos de pastillas, y como, aún en su parquecito, pronto saludaría a los pacientes con un «pupa» sonoro y lleno de compasión que los haría reír.

—Mi ayudante —declaraba con orgullo el médico a quien quisiera escucharlo.

La pequeña llevaba el mando de la gran casa. Ocurría a veces que los pacientes se encontraban a Léandre sudoroso, subiendo y bajando la escalera sin descanso con la niñita encima, o a cuatro patas por el pasillo, en plena y ruidosa partida de escondite. Los célebres pañuelos de Léandre solo servían ya para limpiarle el sudor que le mojaba el cuello.

Pero lo que más enorgulleció a Léandre fue que Rose empezó fingiendo que leía un prospecto mucho antes

de interesarse por los libros ilustrados que Gabrielle y Douglas le ponían entre las manos.

Por lo general sus conversaciones giraban en torno a Rose, primeros sonidos, primer diente, primera fiebre... pero obviamente hablaban también de otras cosas. Gabrielle les hacía buñuelos que mojaban en café cuando hacía frío, o sorbete de limón que los volvía locos durante las olas de calor de julio. Léandre sacaba sus botellas y brindaban por su pequeña, que crecía con normalidad. Douglas traía sirope de arce en primavera, carne de caza o pescado fresco según la estación y, cómo no, juguetes que él fabricaba para Rose (entre los cuales figuraba un trompo demasiado puntiagudo que Gabrielle y Léandre aceptaron sonriendo, sin que se les notara su desaprobación).

A pesar de sus esfuerzos para que no se le notara, a Léandre le costaba acostumbrarse a la presencia intermitente de Douglas en la casa y, de cuando en cuando, se le veía el plumero. Sin embargo, con el trato, el trío terminaba descorriendo velos y daba la impresión de que se reforzaba.

—Mi hermano murió con veinticuatro años, en el Norte de Italia, mientras yo estaba aquí curando a los muchachos que volvían del frente.

—Me la arrancaron de los brazos, empezó a gritar, mi hermana soltó las maletas para cogerla. No volví a verlas nunca.

Douglas no hablaba de su familia. Pero algunas veces:

—Cuando un torrente de sol atraviesa el bosque, me ocurre que me entran ganas de creer en Dios.

Ni una palabra sobre Éléna. Su muerte ni siquiera fue evocada cuando celebraron el primer cumpleaños de Rose. Sin embargo, el día de los dos años de la pequeña, Douglas abandonó la habitación a toda velocidad cuando esta corrió a refugiarse en los brazos de Gabrielle llamándola mamá.

Los senderos que atravesaban el bosque de Rivière-aux-Oies se habían apisonado. Tanto en verano como en invierno, ahora hacía falta mucha mala voluntad para perderse. Era sencillo salir a pasear por el bosque, pero todos aquellos que se aventuraban, excursionistas, cazadores y recolectores de bayas, quedaban prevenidos de que había un límite que no debían traspasar y de que el guarda forestal se apresuraría a indicárselo si no respetaban los carteles fijados al respecto. Y, de hecho, nadie había conseguido todavía aproximarse al santuario de Douglas.

La tumba de Éléna se hallaba enmarcada por un muro bajo de madera dorada y pulida, suave como terciopelo de seda. Haciendo las veces de estela, el alerce había dejado de ser un arbolillo. Alzaba sus ramas ligeras muy por encima del cercado. Protegido con cariño por

Douglas, que durante la estación calurosa lo regaba casi a diario y cuidaba de que el suelo estuviera mullido y alimentado con mantillo, el árbol viviría mil años, alcanzaría un día sesenta metros de altura y Éléna se alzaría hacia la luz para dominar el bosque entero.

—No parecen comprender lo que les digo: ¡ha vuelto! Todos los días hablo con ella.

Léandre no pudo contenerse de levantar los ojos al cielo, pero, al día siguiente mismo, aprovechó que Éléna por fin se hubiera colado en la conversación para saciar su propia curiosidad. Gabrielle tenía la oreja. Lo más importante para ella era asegurarse de que toda una familia Tavernier no iba a llegar un día para intentar arrebatarle a Rose. La respuesta a una carta discretamente enviada la tranquilizó: los últimos Tavernier de Saint-Lupien llevaban años fallecidos. Calmados sus temores, con más frecuencia cada vez pretextaba una tarea u otra para dejar a Douglas y Léandre que rememoraran juntos sus recuerdos. Gabrielle, mejor que nadie, comprendía la importancia de hacer apología de los muertos.

—¿Nunca dijo nada sobre mí? —se atrevió a preguntar un día Léandre estando solos.

«Sí, imagínate que Mercedes y ella te habían bautizado Pies de Trapo», se disponía a responder Douglas socarrón, y habría espontáneamente añadido que Éléna decía que lo encontraba algo reprimido. Pero se retuvo a tiempo al ver cómo se posaba en él la mirada ansiosa del médico, y en lugar de eso se inventó más bien, a medida que lo iba contando, una corriente natural de simpatía entre la joven difunta y el doctor. Léandre, por su parte, evitó explicar que un seguimiento médico habría sin duda permitido un diagnóstico rápido y se enfundó varios pares de guantes blancos para asegurar a Douglas que la muerte de Éléna...

—Pero si Éléna no está muerta! —interrumpió Douglas poniendo la mano en el brazo del médico.

No, por supuesto, se dijo tristemente Léandre.

Aunque sin interesarse al detalle por las leyes y las medidas de prevención que le pedían que aplicara, Douglas se las apañaba bastante bien. Procedía por intuición y rara vez se equivocaba. Al acecho de la más mínima señal de daño o de peligro, aterrorizaba a los eventuales contraventores amenazándolos con las peores sevicias. Hasta el punto de que, durante los años en los que fue guarda forestal, se señalaron muy pocas infracciones graves a las autoridades concernientes. Su trabajo lo autorizaba a reinar como dueño y señor del bosque.

En Rivière-aux-Oies, sus métodos poco ortodoxos suscitaron al principio un flujo liviano (pero regular) de quejas. Pero estas cesaron cuando el pueblo vio llegar,

por oleadas, hordas nuevas de veraneantes, urbanitas extenuados en busca de un rincón de sombra y agua en el que gastarse sus ahorros. Un maná inesperado. Una primera casa rural y luego un albergue o un camping empezaron a surgir sin previo aviso la víspera de cada verano. El muelle duplicó su tamaño. Cualquier vecino tan pronto era monitor de pesca como guía de caza. El almacén general empezó a vender material deportivo pero también ramilletes anudados con rafia violeta, guijarros pegados sobre tablillas, ceniceros y tazas industriales con una foto impresa de la entrada del pueblo en colores lavados.

El trabajo de Douglas se volvía fastidioso, en particular de junio a octubre, periodo que él habría preferido consagrar al inventario de los árboles y a su marcado más que al desalojo de los campistas despistados y de los canoístas imprudentes. Gabrielle y Léandre lo veían ahora llegar cansado, con prisas y más gruñón (*«Reconoce que esto nos varía al menos de su melancolía habitual»*, observó Gabrielle à Léandre, que se quejaba). Pero también Léandre se veía desbordado por el trabajo, y había tenido que contratar a una enfermera para que lo ayudara a cubrir las necesidades estivales. Aquel ir y venir constante en la casa durante el periodo más hermoso del año no le gustaba a nadie, y largas conversaciones empezaron a clausurar sus veladas, en el trascurso de las cuales constataban juntos que la vida tranquila que hasta entonces habían conocido se les escapaba de las manos.